

lió frustrada, perdida, confusa, en perenne equilibrio inestable entre la hipócrita sumisión a los dictados de la Iglesia, dramático sentido del pecado, insuprimible sensualidad y sincero impulso místico: una actitud, esta, que fue magníficamente inmortalizada por los grandes maestros de la literatura y del arte en el Barroco» (p. 224).

Deberían evitarse algunas contradicciones/oscilaciones interpretativas. Por ejemplo, defender que solo en los años 50 la Inquisición abrió el rigor de la represión en Sevilla (sobre todo capítulo IV), cuando, a lo largo del capítulo I, se afirma la enorme violencia con la que actuó sobre los conversos en los inicios de su funcionamiento a finales del siglo XV (p. 23). O sostener primero que la Inquisición, en tiempos de Valdés y gracias a sus políticas, alcanzó una situación de hegemonía en el campo religioso como guardiana de la ortodoxia (p. 16 y p. 199) y en el final del libro escribir que, finalmente, los inquisidores, obispos y confesores, contribuyeron en igual medida para establecer la rígida observancia religiosa en todos los momentos de la vida social e íntima del pueblo español» (p. 287) y luego a continuación, (p. 288) regresar al punto de partida para declarar: «El Santo Oficio fue el pilar y el guardián del edificio de la monarquía católica...»!!!

Por último, registrar algunas imprecisiones terminológicas: el uso de «reinos ibéricos», como si fuesen solo los de la monarquía hispánica (p. 286), omitiendo la existencia de uno que no lo era; o la designación de anticlericalismo y la clasificación de anticlerical para la doctrina de un cristiano viejo que afirmaba que Dios amaba más a los ricos que a los pobres y que los primeros se salvarían más fácilmente que los segundos» (p. 279)!!!.

José Pedro PAIVA

Universidad de Coimbra. Centro de História da Sociedade e da Cultura

CALLADO ESTELA, E.: *Por Dios y por el rey. El inquisidor general fray Juan Tomás de Rocabertí*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2007, 462 pp., ISBN: 978-84-7822-504-0.

La vida del dominico fray Juan Tomás de Rocabertí, hijo de una noble familia catalana, transcurrió bastante poco plácidamente entre 1627 y 1699. Rocabertí fue observador, y en algunos casos actor, de los acontecimientos que pautaron el imparable declive de la Monarquía de los Austrias. Su trayectoria personal, en contraste, fue plenamente ascendente. La revuelta catalana, en la que su familia se situó claramente a favor de Felipe IV, supuso para el joven una prisión de tres años en el sur de Francia (1642-45), tiempo en el que completó sus estudios y estableció contactos duraderos con la nobleza francesa del Midi. De vuelta a Cataluña entró al servicio de Felipe IV, aunque sólo unos meses más tarde, a finales de 1646, ingresaba en el convento de los dominicos de Girona donde profesaba un año después. Completó sus estudios de Filosofía en los conventos de Tortosa, Mallorca, Alcalá y Valencia, en

cuya universidad se graduó en Artes y Teología en 1653. Catedrático de filosofía ese mismo año y de teología en 1662, se dedicó simultáneamente a la predicación, con notable aceptación según sus coetáneos. En 1665 fue nombrado prior provincial de Aragón, cargo que ocupó hasta 1669. Unos meses más tarde, el Capítulo general de Roma le nombraba maestro general de la Orden (1770). Consagrado arzobispo de Valencia en 1677 se trasladó a su diócesis. Fue también Virrey de Valencia entre 1678 y 1679 y en 1683. Por último fue nombrado Inquisidor General de España en 1695, cargo que ocupó hasta 1699, cuando murió a la edad de 72 años.

Testigo de la revuelta catalana, del neoforalismo, como realidad o como aspiración, pastor de almas –y ocasionalmente alter ego del rey– en una archidiócesis tan importante como la de Valencia, que en estos años vive las Segundas Germanías, inquisidor general en posición de enrocamiento respecto al poder ganado por el Consejo de la Suprema en los años anteriores a su generalato y, finalmente, crédulo alentador de la tesis de los hechizos del rey Carlos II... Se nos antoja Rocabertí un personaje que merecería un examen exhaustivo de su vida y sus actuaciones en contexto de tal envergadura política y eclesial. No ha sido así. Un contemporáneo, fray Joseph Agramunt, escribió una extensa biografía a principios del siglo XVIII que sólo en 1952 fue dada a conocer por J. M. de Garganta. El personaje sólo ha sido abordado parcialmente en algunos de sus perfiles: su papel como provincial y maestro general de los dominicos en las historias de la orden, su actuación como arzobispo en los episcopologios, su actitud en defensa de la Santa Sede, frente a Bossuet y el galicanismo (Torres y Bages, texto de 1898 publicado en las *Obras completas* en 1948), una primera y breve aproximación global a su figura (Domingo Castro, 1985) y, finalmente, el análisis de su testamento (P. Pérez García y J. Catalá, 1997). Ninguna biografía monográfica. El texto que aquí reseñamos viene a llenar, muy oportunamente, este vacío historiográfico.

El estudio se inscribe plenamente en la nueva historia religiosa que, desvestida de los rancios prejuicios de otros tiempos, ha avanzado en terrenos más amplios y profundos desde la renovación historiográfica y conceptual de los últimos años. Me refiero a los conceptos de *confesionalización* y *disciplinamiento* tal y como fueron elaborados por la historiografía alemana y sobre los que han reflexionado historiadores como F. Palomo (1997), R. García Cárcel (1998), J. I. Ruiz Rodríguez e I. Sosa (2007) y diversos autores desde una perspectiva comparada en el último número de la revista *Manuscripts* (2008). En este marco interpretativo los estudios sobre la Contrarreforma del mundo católico han conocido un nuevo impulso. En España, uno de los campos más fructíferos ha sido, entre otros, el del estudio de la jerarquía eclesiástica, de los episcopologios a los perfiles del clero español del Antiguo Régimen: nombramientos, criterios de selección, aspectos sociológicos, niveles de renta, relaciones intraeclesiales, relaciones con el poder y la sociedad en general, etc. Los trabajos de A. Morgado (1989, 1996), T. Mantecón (1997), Maximiliano Barrio (2000) o Fernández Terricabras (2000)... o las biografías de algunos eclesiásticos realizadas por García Oro (2002), Juan Bautista Vilar (2005) o García Hernán (1999) son un buen testimonio de esta afirmación.

Emilio Callado se mueve con habilidad y finura en este campo. Así lo acredita su trayectoria investigadora. Se formó en la Universidad de Valencia donde obtuvo

su doctorado con una tesis prontamente publicada con el título *Iglesia, poder y sociedad en el siglo XVII. El arzobispo de Valencia fr. Isidoro de Aliaga* (2002). Desde entonces, ha continuado investigando y publicando con solvencia sobre temas relacionados con la Iglesia, el poder y la sociedad con obras significativas como *Inmunidad eclesiástica y delincuencia en el siglo XVI* (2003), *Memoria escrita, historia viva. Dos dietarios valencianos del Seiscientos* (2004), *Valencianos en la historia de la Iglesia* (2005) y *El fuego y la palabra. San Vicente Ferrer en el 550 aniversario de su canonización* (2007), estos dos últimos como coordinador.

La monografía que reseñamos es una biografía canónica, «a capas», perfectamente estructurada en los cuatro perfiles vitales y funcionales que cronológicamente se van superponiendo en la vida de fray Juan Tomás de Rocabertí: el noble, sus primeros años de formación vinculados al linaje y a las peripecias de la familia en el servicio a la Monarquía en los años convulsos de la rebelión catalana; el dominico, desde su profesión al lugar más alto como maestro general; el arzobispo y virrey de Valencia; y, finalmente, el Inquisidor General. Una biografía en la que en cada etapa se desmenuzan y analizan las aportaciones del personaje en función de cada nueva responsabilidad asumida, del ascenso de un nuevo peldaño en la escala del estatus y el poder que le lleva de la nada despreciable cuna de los Rocabertí, al lecho de muerte en el Palacio del Consejo de la Suprema Inquisición en 1699.

Merece subrayarse un primer mérito de este texto: el uso de un amplio abanico de fuentes archivísticas, manuscritas e impresas, de diversa procedencia, desde las clásicas hagiografías dominicas hasta la documentación política e inquisitorial pasando por la correspondencia privada del biografado, documentación recogida en archivos y bibliotecas de Valencia, Madrid, Barcelona, Roma... De todo ello se hace un uso riguroso e intensivo para cubrir las diferentes etapas de la vida del protagonista que se recorren en el libro. Las fuentes hagiográficas, así utilizadas, concitan con frecuencia un peligro: la impregnación del discurso del historiador del tono hagiográfico, peligro que no siempre logra evitar Emilio Callado.

Un segundo mérito es la sencillez de la estructura del texto, en las cuatro partes mencionadas. Tal planteamiento aporta indudables ventajas divulgativas y pedagógicas para el lector que, lejos de perderse entre las numerosas citas de textos aportados, es conducido y guiado en una lectura lineal que sigue de cerca el hilo principal de la actividad del personaje. Conjuguar una rigurosa investigación archivística con una exposición clara y accesible para el gran público me parece un mérito no menor.

Con todo, la aparente sencillez de la estructura no oculta, a mi modo de ver, las múltiples caras del personaje. Y aquí estaríamos ante el tercer mérito de esta biografía. Donde se aprecia mejor la personalidad compleja de fray Juan Tomás de Rocabertí es en su papel de arzobispo y virrey de Valencia. El énfasis que se hace en el título del libro de su cargo como Inquisidor General resulta engañoso en tanto en cuanto en ese cargo sólo estuvo tres años. Emilio Callado apuesta claramente por enfatizar el perfil del hombre de iglesia, al que dedica la mayor parte del libro. Rocabertí aparece plenamente identificado con el programa de la Iglesia contrarreformista, en la línea que ya habían seguido sus sucesores en la mitra valenciana, Ribera, Aliaga,

estudiado también por Callado como ya hemos visto, y Urbina. En cuanto a la reforma y formación de los cuadros de la Iglesia, intervino de manera sistemática en la reforma del clero, primero de los propios dominicos, después del clero de su diócesis; se implicó en la formación de ese clero, con un empeño bastante curioso ante la oposición de casi todos, fundando el Colegio de San Pío en Valencia, pero también con la edición de los sermones de San Vicente Ferrer, hermano de orden, por considerarlo modelo de predicado. Exigió la práctica y control de los sacramentos: bautismo, penitencia, confesión... Defendió la autoridad papal, primero ante la contraofensiva galicana de 1682 con su *De romani pontificis autoritate* y la *Bibliotheca maxima pontificia*, y después, en cuanto Inquisidor General con autoridad delegada por el Papa, en la defensa de sus atribuciones frente a un Consejo de la Suprema que había ganado cuotas notables en el ejercicio de su poder durante las décadas anteriores.

En cuanto a las devociones, impulsó la beatificación, canonización y extensión del culto de los nuevos santos contrarreformistas, como San Pío V, San Luis Bertrán o Santa Rosa de Lima.

En su devoción personal, sus coetáneos subrayaron en él una tendencia mística que le condujo, ya al final de su vida, a dar crédito a los hechizos de Carlos II, a las afirmaciones del exorcista asturiano fray Antonio Alvarez de Argüelles y a rodearse de personajes como el confesor fray Froilán Díaz. Estas creencias, estos contactos con el diablo afectaron al anciano Inquisidor General, que en los meses que le quedaban de vida, según sus deudos, no volvió a ser el mismo.

Es un hombre de la Iglesia, pero es también un hombre del Rey. La figura que emerge de este libro es una personalidad compleja, imbuida de la convicción de su propio poder legitimado por el origen de su cuna y sus servicios a la cruz y la corona. Resulta un episodio especialmente ilustrativo el de la absolución de censuras de varios funcionarios reales que habían actuado contra la inmunidad eclesiástica: es un auténtico auto de fe donde los cuatro servidores de la Corona deben someterse públicamente al acto de reconciliación (pp. 322-23). Como lo es también su actuación como Inquisidor General, criticada de despotismo por los consejeros y la creación de un círculo de hombres de su confianza, mayoritariamente proveniente de la Corona de Aragón.

Es quizá la última sección, dedicada al Rocabertí inquisidor la que, a mi juicio, hubiera necesitado un análisis más profundo para desentrañar su papel en esos años finales del reinado de Carlos II, en la correlación de poder entre las facciones cortesanas ante la inminente sucesión. Y unas conclusiones que hubieran ofrecido una valoración global del personaje después del excelente trabajo previo también hubieran sido deseables.

Estas últimas observaciones no desmerecen en absoluto esta biografía de fray Juan Tomás de Rocaberti escrita por Emilio Callado que, como queda dicho, es una valiosa aportación historiográfica.

Doris MORENO MARTÍNEZ
Universidad Autónoma de Barcelona